

²⁴ Cf. Fernando Castillo, «Comunidades cristianas populares: la Iglesia chilena que nace desde los pobres», La Iglesia de los pobres en América Latina, Ed. PEC. Santiago, 1983, pp. 81-105.

²⁵ Una investigación realizada en 1987 evidencia que la mayoría en una muestra de habitantes de barrios pobres de Santiago perciben en su lenguaje «que la Iglesia está ahora más cerca de los pobres que de los ricos». Cfr. Área de Religión y Sociedad «Creencias y valores en Lo Hermida», Informe de Investigación n.º 2, «Creencias y valores en la José María Caro», Informe de Investigación n.º 3, todos editados por el CERC, Academia de Humanismo Cristiano, 1988.

²⁶ Uno de los máximos dirigentes del Partido Socialista declaraba en 1988: «Yo diría que la Iglesia tiene influencia en los socialistas. Esto es así, primero, dentro de la militancia socialista, hay un buen contingente de cristianos y no sólo de cristianos sino de católicos practicantes. Esto no ocurre sólo entre los socialistas; yo he visto, por ejemplo, a dirigentes sindicales comunistas pero es así, es la realidad de nuestro pueblo. La cultura cristiana y el peso de la Iglesia son muy grandes y han aumentado en estos años (...).

«Yo creo que hoy día la opinión que los círculos de la Iglesia tienen de la izquierda chilena no es la misma que tenían antes y también nuestra opinión de la Iglesia ha cambiado. Hemos aprendido a conocernos, hemos luchado juntos, nos hemos valorado mutuamente

estatales. Contrapeso decisivo para un sistema represivo que a menudo actuaba amparado por la sombra y el silencio y para la exacerbada propaganda consumista del modelo neoliberal.

Durante todo el periodo autoritario la renovación en la Iglesia y la práctica de defensa de los DDHH y del pueblo ha desarrollado una «Iglesia que nace del pueblo», teniendo en las comunidades eclesiales de base (CEBs) una de sus expresiones privilegiadas²⁴. La Conferencia Latinoamericana de Obispos en Puebla (1979) revitalizó la «opción preferencial por los pobres» y respaldó el trabajo de una evangelización liberadora. Sin embargo, esta nueva forma de vivir la fe cristiana, más encarnada e histórica, más comprometida con las angustias del hombre, en un ambiente comunitario, participativo y democrático, choca contra la tendencia restauradora que la cuestiona y frena. El debate en torno a la teología de la liberación en la Iglesia universal repercute en Chile, aunque en forma moderada ya que las condenaciones a dicha teología no prosperan, en parte a causa del desarrollo de esta corriente en la pastoral popular y en cierta jerarquía eclesial.

Lo cierto es que la evolución de la Iglesia católica en todo este periodo ha transformado sus antiguos referentes sociales y su propia posición social. Si durante años el catolicismo fue una religión en la cual se expresaban en forma privilegiada la cultura oficial y de las elites aristocráticas, ahora comienzan a tener más importancia las clases medias y, sobre todo, las clases populares. Durante el régimen militar hay un notorio distanciamiento de las elites dominantes católicas respecto a la línea oficial de la jerarquía, en tanto que la «opción por los pobres» lleva a las clases populares de la ciudad y el campo a ver que la Iglesia está ahora «más cerca de los pobres que de los ricos»²⁵.

Esta reubicación del espacio social de la Iglesia, si bien le trae enormes conflictos internos y con los sectores dominantes de la sociedad, le ha significado un reencuentro con el pueblo. La Iglesia aparece así como una instancia en torno a la cual se rearticula el movimiento popular. Ello le posibilita, al mismo tiempo, inaugurar nuevas relaciones con el otrora anticlerical y laicista movimiento sindical y político de izquierda²⁶. Tal es así que no es raro escuchar a militantes socialistas y comunistas en un discurso mucho más condescendiente y laudatorio hacia la jerarquía que aquel discurso crítico que a veces circula entre los propios sacerdotes y religiosas con posturas más radicales.

Así, la labor eclesial debe ser evaluada no sólo por aquello que se realiza desde las altas autoridades eclesiásticas. La labor de defensa de las libertades cívicas, los DDHH y del pueblo, se ha convertido en una práctica cotidiana para las comunidades, militantes cristianos y agentes pastorales que trabajan en el pueblo. Como hemos visto numerosas organizaciones de base han ido surgiendo preocupadas de dar alimento, solidaridad y refugio a quienes eran víctimas del autoritarismo: los pobladores, la juventud, las mujeres, los trabajadores y los campesinos. Lentamente la Iglesia en la base ha constituido un espacio en torno al cual se va reorganizando el tejido social.

Va surgiendo así también una nueva forma de ser Iglesia, encarnada en el pueblo pobre, y estructurada a partir de las comunidades eclesiales de base, con una orientación cristiana liberadora. El pueblo se va rearticulando, venciendo el miedo, la atomización y la propaganda del sistema, a fin de luchar por su dignidad y sus derechos conculcados. Hay aquí un noble y anónimo testimonio de estos cristianos de base que junto a no creyentes de buena voluntad, desde el sufrimiento, el dolor y la opresión van recorriendo un camino de reencuentro en torno a ciertos valores fundamentales como la dignidad del hombre, la justicia, la libertad y la democracia.

3. La Iglesia promotora de la reconciliación y la democracia

El discurso del régimen militar pretendía legitimarse en la defensa del «orden y la institucionalidad quebrantada» por la amenaza del comunismo. Sin embargo, sus fundamentos ideológicos más sólidos y sistemáticos es posible encontrarlos en la Doctrina de la Seguridad Nacional, que justifica la supresión de las libertades y la violación a los derechos humanos en función de una «guerra total» contra un enemigo interno que es el «comunismo internacional»²⁷.

En numerosas oportunidades los obispos cuestionaron ya sea en forma tácita, ya sea en forma explícita la ideología de la seguridad nacional. Atacada por el régimen —que la acusaba según el viejo código liberal coincidente ahora con la idea de la seguridad de la nación— de meterse en un campo político que no le compete, la Iglesia se vio en la necesidad de defender su libertad para actuar y hablar, en función de su propia misión evangelizadora, en la defensa de la dignidad del hombre y especialmente de los más pobres.

Sin una normalización institucional y frente a un gobierno que no ponía plazos para el retorno al pleno imperio de un Estado de derecho, la Iglesia, por voz de su jerarquía, fue progresivamente acentuando sus llamados a institucionalizar el país avanzando pronto hacia una plena democracia²⁸. El conflicto en torno a la institucionalización entre la Iglesia y el Gobierno tuvo dos momentos de relevancia. En 1978 con la publicación del documento *Humanismo cristiano y nueva institucionalidad*²⁹ y sobre todo, con la posición crítica oficial que tomó la Iglesia frente al plebiscito de 1980 en el cual fue aprobada la nueva constitución en un dudoso acto eleccionario³⁰.

El período que va desde 1980 hasta 1988 está caracterizado por la vigencia de la constitución política de 1980 que institucionaliza un régimen autoritario y personalista dando plenos poderes a los militares y a Pinochet hasta 1989, año en que debía iniciarse una «democracia protegida» abortada por el triunfo opositor en el plebiscito de 1988 que negó la reelección del general Pinochet por otros ocho años.

y creo que, desde ese punto de vista, se ha avanzado un paso importantísimo en el encuentro entre marxistas y cristianos, un encuentro entre la raigambre más humanista del marxismo y la raigambre más socialmente comprometida de la Iglesia. (...)

En Patricio Dooner, Iglesia, reconciliación y democracia, Ed. Andante, Santiago, 1989, pp. 165-166.

²⁷ Cf. Comblin, José, «La doctrina de la Seguridad Nacional» Dos ensayos sobre Seguridad Nacional, Vicaría de la Solidaridad, Arzobispado de Santiago, Santiago, 1979, pp. 9-191.

²⁸ En esta sección retomamos parte de nuestros análisis desarrollados en C. Parker, «La Iglesia en Chile. 1968-1988», op. cit.

²⁹ En la declaración «Humanismo cristiano y nueva institucionalidad» (4-10-78), el Comité Permanente invita a una reflexión. Allí definen a la fe no como ideología ni partido político sino como instancia moral y liberadora. Hablan de la crisis política y de las bases morales para construir una futura institucionalidad: igualdad y participación, respeto a los derechos humanos y a las libertades cívicas, y hacen sugerencias para los cambios institucionales en el país. Critican la doctrina de la seguridad nacional, valoran la democracia y reivindican la autonomía universitaria y el derecho de los trabajadores.

³⁰ Cr. declaración «Sobre el plebiscito», 23-8-90, en Documentos del Episcopado, Chile 1974-1980, op. cit. pp. 432-434.

El plebiscito destinado a aprobar la constitución de 1980, fue el tema central del debate en ese año. En abril el Comité Permanente de Obispos emite una declaración solicitando «el retorno a la normalidad institucional» y una amplia libertad de información. La constitución estaba en su fase final de redacción. Sorpresivamente el Gobierno llamó a un plebiscito para aprobar la carta fundamental para el 11 de septiembre de 1980.

Poco antes del evento electoral la conferencia emitió una declaración estableciendo los requisitos para la limpieza del mismo³¹. Pinochet se declaró ofendido por los obispos. Estos replicaron que no había ofensa y que las condiciones eran indispensables para asegurar la corrección del proceso. El gobierno proclamó el triunfo del «sí» con un 67,4 por ciento de los votos y se desencadenó un clima triunfalista y prepotente de parte de los partidarios del régimen. A pesar de que no se habían cumplido todas las condiciones solicitadas por los obispos, éstos guardaron silencio. El Gobierno reinstaló su sede en el tradicional Palacio de la Moneda³² y solicitó a la Iglesia un *Te Deum* solemne para entronizar en marzo de 1981 al general Pinochet como presidente constitucional. Luego de una viva polémica en el interior de la propia Iglesia, el cardenal Silva, con apoyo del Vaticano, accedió a la celebración de dicho acto religioso. Con ello la Iglesia contribuyó a la estabilidad institucional del régimen, aun cuando en su fuero interno lo desaprobaba.

Durante este período la Iglesia intensificó su demanda democrática³³. Si en la etapa anterior el énfasis estaba puesto en los DDHH, ahora, a partir del dictado de la constitución, adquirió mayor importancia la reivindicación de la plena participación ciudadana y de la reconciliación entre los chilenos. Este cambio en la posición oficial de la jerarquía eclesial se había iniciado ya en 1978 con el documento *Humanismo cristiano y nueva institucionalidad* y se desarrolla con *El renacer de Chile* (1982), y *Evangelio, ética y política* (1984). Según los obispos hay tres caminos para resolver cristianamente la crisis social y moral del país: el respeto a la dignidad del hombre, el reconocimiento al valor del trabajo y el regreso a una plena democracia. Tres principios que reiterarán en sucesivas declaraciones durante estos años³⁴.

El nombramiento de un nuevo arzobispo de Santiago, en reemplazo de monseñor Silva Henríquez, conocido por su firme postura frente a la dictadura, abrió una esperanza de distensión en las relaciones entre la Iglesia y el gobierno. Sin embargo, en términos globales la línea de la Iglesia no varió sustancialmente, aun cuando adquirió un tono y una actitud más moderados, criticando menos y promoviendo iniciativas destinadas a garantizar una transición pacífica y pactada entre el gobierno y la oposición.

En 1983 estalló la agitación social y se iniciaron las «Protestas nacionales» convocadas por las organizaciones sociales opositoras. Ya en 1982 la situación económica se tornaba crítica y ésta empeoró en 1983. La recuperación de la economía experimentada hasta 1981 se venía al suelo azotando principalmente a los trabajadores y a las mayorías pobres, pero afectando también a una clase media que se había endeudado considerablemente en la época del *boom* económico. La respuesta del gobierno fue

³¹ Conferencia Episcopal de Chile, «Declaración sobre el plebiscito», 23-8-80., *ibid*, pp. 432-434.

³² En el Palacio de la Moneda, casa de gobierno durante la época democrática, murió el presidente Allende durante el bombardeo del 11 de septiembre de 1973. El palacio fue reconstruido especialmente para que Pinochet asumiera en él su mandato constitucional en 1981. Sobre los conflictos Gobierno-Iglesia de los años 80 y 81 ver Ascanio Cavallo, *op. cit.*

³³ Cf. Enrique Correa, José Antonio Viera-Gallo, *Iglesia y dictadura*, *op. cit.* pp. 102 ss.

³⁴ Cf. Documentos del Episcopado, Chile 1981-1983, *op. cit.*